

# La tierra que arde

Ernesto Ragazzoni

Nota introductoria de Mariano Martín Rodríguez  
Traducción de Ricardo Muñoz Nafría



© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción, 2020  
© Ricardo Muñoz Nafría, por la traducción, 2020

Ernesto Ragazzoni (1870-1920) fue un heredero de la bohemia italiana de los llamados *scapigliati* o desmelenados. Estos habían propuesto una literatura inconformista con la moral y la respetabilidad burguesas de su época, así como con el arraigado clasicismo áulico y académico de Giosuè Carducci (1835-1907) y sus imitadores, que dominaban las letras de su país en la segunda mitad del siglo XIX. Los criterios tradicionales de decoro retórico dejan paso entre los *scapigliati* a un experimentalismo radical en cuanto al registro lingüístico y las estructuras líricas y narrativas. En su ficción, la mayor libertad preside unos textos en que las historias se presentan desde una perspectiva subjetiva que parte del sentimentalismo romántico, pero que anuncia la Modernidad por la ironía cómica e incluso el sarcasmo que la voz narradora se aplica a sí misma y a lo que cuenta. Aunque los *scapigliati* abandonaron pronto la escena de la cultura italiana, a menudo por su precoz fallecimiento, su influencia puede observarse en algunos autores de la generación de fin de siglo (entre las centurias XIX y XX) que adoptaron su espíritu y lo pusieron al día con un espíritu entre anarquizante y nihilista, tales como Gian Pietro Lucini (1867-1914) y Ernesto Ragazzoni. Este último escribió sobre todo ensayos líricos de un género híbrido que en Italia se denomina *prosa d'arte*, entre los cuales destacan los publicados en 1919 en el diario romano *Il Tempo*. El del 8 de abril, titulado «La terra che brucia. Fantasia in tempo di marzo morbido» [*La tierra que arde. Fantasia en tiempos de un marzo turbio*]<sup>1</sup> es una curio-

<sup>1</sup> La traducción que sigue se basa en el texto de la siguiente edición antológica de las prosas del autor: Ernest-

sa manifestación de literatura neoapocalíptica moderna que cabe relacionar con lo que denominé «apocalipsis erróneos»<sup>2</sup>. Estos serían aquellos en los que el narrador juega con las expectativas de los lectores al hacer creer, a través del convencimiento de los personajes cuya perspectiva adopta la narración, que se está produciendo o se va a producir el fin del mundo, pero este no ocurre, porque toda la historia es el fruto de un error de percepción que queda aclarado al final. En «La terra che brucia», el rechazo de la verosimilitud realista que se expresa desde el principio mediante el humor hiperbólico de la descripción de las lluvias continuas y la personalización de fenómenos y objetos ofrece pistas sobre el carácter de ensoñación despierta del apocalipsis creado y observado a través del humo de la pipa de un «Poeta».

No obstante, la narración misma del final de la Tierra por la pérdida de su eclipse y el acercamiento progresivo al Sol abandona el tono cómico y absurdo, adoptando uno de relación objetiva para contar la progresiva desecación del planeta, la desaparición de sus habitantes y su destrucción final en una nube de polvo y humo. Esta se identifica finalmente con la humareda de la pipa en este sueño apocalíptico que funde la perspectiva universal y la personal, así como lo objetivo y lo subjetivo, para ofrecer una lección de vanidad de

to Ragazzoni, «La terra che brucia. Fantasia in tempo di marzo morbido», *Le mie invisibili pagine*, a cura di Anna Bujatti, Palermo, Sellerio, 1993, pp. 62-72. Se indican con [...] varios pasajes que parecen faltar en el original utilizado.

<sup>2</sup> «Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos», *Hélice. Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, V, 1 (2019), pp. 124-130.



## La tierra que arde

las cosas, desde las intrigas políticas de la época, con sus principios wilsonianos de las nacionalidades y su bolchevismo, hasta el dolor de tripas y los números de lotería, pasando por las frases hechas del lenguaje culto. La incongruencia de los objetos de la enumeración puede considerarse un rasgo típicamente rompedor, en un momento en que el dadaísmo ya había dado que hablar. Sin embargo, Ragazzoni evita la arbitrariedad vanguardista de poner juntas unas palabras con otras al buen tuntún y a ver qué sale, al modo de la

escritura automática. Todos los términos de la enumeración absurda concurren a sugerir lo absurdo de la sociedad contemporánea y de la humanidad misma frente a la perspectiva ineludible de la muerte individual y colectiva en un mundo cuyo fin aparece libre de cualquier motivación aceptable teológica o filosóficamente, y que únicamente el humor puede ayudar a soportar, igual que solo el humor permite aguantar al Poeta la lluvia incesante que le ha inspirado esta visión tragicómica suya de las postrimerías de nuestro planeta.

Ernesto Ragazzoni

## La tierra que arde Fantasía en tiempos de un marzo turbio

Marzo había sido ese año (¿o este?, ¡quién se acuerda ya!) insólitamente ceñudo y torvo, con largos tedios de agua, sacudidas de viento, nubes que de forma continua arrojaban paladas de fango como para enterrar el sol. Nunca, en memoria de gramático, se había conjugado tanto el verbo *llover*. Las ranitas de las zanjas eran felices. Sus reyes palo se mantenían a flote que era una maravilla. ¡Cuántas sequías habían tenido que pasar bajo los puentes antes de semejante racha hidráulica! Se alegraban en las antesalas también los paraguas.

«¡Buenos días, *mango curvo!*»

«¡Oh, queridísima *empuñadura de plata!*»

«¡Llevábamos ya tiempo sin vernos!»

«¡Cómo no, con aquel invernicho tibio y seco que hemos tenido!»

«¿Cómo se iba a salir de casa?»

«¡Por fin nos mojamos!»

«¡Vamos de paseo!»

«¿Y qué novedades tenemos?»

«Una seda magnífica. Treinta liras. Se la recomiendo».

En los paragueros, eran diálogos de lo más común: los temas del día. Los pluviómetros también —hidrónicos hasta reventar— rebosaban de júbilo y de agua, y no ocultaban su sumo desprecio hacia los termómetros, desdichadamente entregados, como es sabido, al alcohol y en fuerte declive. La hidropesía constituye el estado supremo de gracia para los pluviómetros. Y el tiempo les parecía estupendo a los impermeables, a los chanclos de goma, a las pastillas para la tos, a los pañuelos, al moho y a todas las demás cosas cuya razón de ser aportaban los infortunios atmosféricos y climatéricos.

Las regaderas, en cambio, padecían por ello, y en sus internamientos, al borde de los jardines, entre los rastrillos inertes, se secaban. Se *secaban* literalmente —debido a la lluvia que chaparrea afuera y no se les da-

ba ya de beber, por lo que se morían de sed—.

A causa del agua, se les negaba esta misma, y se sabe que las regaderas viven del agua. Tienen la necesidad de beber: tenemos que compadecerlas. Su fecunda intemperancia resulta indispensable para muchas eras que, privadas de ella, se quedarían áridas y estériles. Es preciso que alguien se embriague por las condenadas a languidecer higiénicamente de sobriedad.

Sufrían las regaderas, sufrían los zapatos amarillos exiliados en los armarios, sufrían los delicados revoloteos femeninos a lo largo de las calles por la insolencia del barro, que, en forma de salpicaduras superficiales, se creía transformado en estrellas, sufrían las alcantarillas, obligadas a engullir en demasía, y sufría también un Poeta que, al fondo de un cuartucho suyo, fumaba una pipa.

A través de la lluvia, allende las nubes ciegas, sobre la ciudad que en reflejos se quebraba, estremecida y lívida, en los charcos, se hacía la ilusión, gracias a un poco de humo indolente, de que llamaba al sol.

Era un poeta extraño, el Poeta; no escribía versos (según parece), pero tenía el don de desvivirse por vivir continuamente fuera de sí mismo en busca de la poesía, representándose, por medio de una imagen armoniosa —cercana, pero siempre inaprensible—, las infinitas diversidades del mundo en su esencia única y primordial. A veces experimentaba las melancolías de quien da vueltas alrededor de una iglesia donde querría rezar y la encuentra cerrada, a veces, la alegría incontenible de un hombre de taberna.

Decía para sí —bien seguro de que no lo oía nadie— «¡qué gozo dirigir los ojos al aire, dejar que los hombres crean que se mira al vacío, y *ver* tantas cosas que los demás no alcanzan a ver!»



## La tierra que arde

Su alma no estaba nunca en casa, inquieta de su cuerpo, sino por todas partes.

Devenía el viento en las plantas; sobre las olas tempestuosas mostraba, en espumas blancas, el rechinar de dientes del mar; sufría el dolor de la roca arrancada de su montaña a fuerza de minas. Se le preguntaba: «¿qué haces este día de hoy?» Sin querer, al momento, os habría respondido con un disparate: «Hoy nieve». «Acompaño a la luna a mirar dentro de un canal». «He de provocar una tormenta sobre el alto Apenino». «Creo que tendré que dispersarme en guijarros por las calles para sentir el peso de todos los tacones que pasan». «¡ECHO HUMO!» Pero respondía todo lo contrario. Lo que no pensaba: «Como a las dos». «He de escribir cartas». «Me tomo una purga». Y parecía así un hombre muy sensato.

Ahora el Poeta, aprisionado con la pipa dentro de las telarañas de lluvia del hosco marzo, había llamado al sol con semejante pasión que tanto el uno como el otro, el sol y él, se habían vuelto un solo ser.

Y a la Tierra, reblandecida por el agua hasta el punto de desplazarse con los talones, le habían jugado una pasada tan buena que la habían quemado. ¡Habían quemado la Tierra!

Mientras tanto, los paraguas continuaban, entre ellos, sus corteses conversaciones en los paragueros, los pluviómetros se exaltaban por su hidropesía y el fango rociaba de salpicaduras con la pretensión de convertirse en estrella.

La Tierra había perdido la elipse, algo que puede suceder a los mejores planetas, y estaba a merced del sol, que poco a poco, sin prisa, la atraía hacia sí fascinada y la sorbía.

La situación le resultaba tan evidente al Poeta que, casi a través del humo de su pipa, sentía el remordimiento de haber provocado tamaña catástrofe solo para liberarse del opaco día que moría ahogado en su ventana, entre fastidios de toses, y por la impaciencia para con la reacia primavera.

La humanidad no se había dado cuenta al principio.

Alguien había notado transparencias extrañas, al fondo del cielo, en el momento en el que este debía estar ya completamente apagado mediante una puesta de sol regular. Pero de tanto alternarse horas legales e ilegales, astronómicas y ficticias, la mayoría había creído que se trataba de algún decreto nuevo que imponía la cartilla al día y a la luz y, por amor a la patria, a la economía y a la paz, no había hecho demasiado caso. Sin embargo, aquella iridiscencia vespertina no solo persistía, sino que se acentuaba, se volvía impertinente.

Las nubes, si bien seguían empañando el horizonte, dejaban resplandores inquietantes hasta bien entrada la noche, como vidrios esmerilados tras los cuales se obstina una lámpara, y una lámpara que alguien, de forma gradual, acostumbra y fuerza a una mayor mecha.

Los relojes, fuera de sí, no sabían ya dónde poner las manecillas.

«Tengo que dar la medianoche», murmuraba un reloj de péndulo, «y, en conciencia, apenas me arriesgaría, en esta estación, a marcar las cinco de la tarde».

«Y yo», repetía un campanario que miraba lejos, «¡yo, que estoy a punto de anunciar el alba!, ¡y casi no ha habido noche!»

«¡No sabemos ya si estamos a ayer o a hoy!», decían desesperadas las hojitas de los almanaques. Entretanto los noctámbulos, prácticamente privados de la noche, no hacían otra cosa que dormir.

Y la luz, que había devorado todas las nubes, todas las nieblas, se había vuelto llama, se había vuelto hoguera, se había vuelto incendio y el día ya no cerraba los ojos. La mañana y la noche se daban la mano. Luego, no hubo más ni mañana ni noche...

Entonces se supo que la Tierra había perdido la elipse y estaba condenada a perecer de sol y en el [...] desde el observatorio ñam-ñam de



## La tierra que arde

Ujiji y desde la universidad esquimal de la bahía de Melville (norte de Groenlandia). Los científicos de los otros países —los países civilizados, como bien ha demostrado la guerra— estaban tan cerrados resolviendo los enigmas *sociopolítico-ventriculares* del globo terráqueo que habían perdido toda noción del mundo y del cielo —cosas que en las reuniones diplomáticas y financieras no pueden tener ninguna relevancia—.

Por lo demás, dado que el incendio universal resultaba inevitable, no merecía la pena ocuparse de nada, tanto más sabiendo que las cátedras para disputar habrían ardido y se habrían quemado y fundido las preciadas baratijas de las condecoraciones.

A estas alturas, la pupila del sol ya no abandonaba la Tierra y la perseguía aproximándose cada vez más. La humanidad, deslumbrada, quemada, se empleaba en vano en buscar refrigerio en las cavernas. Ciudades de trogloditas intranquilos y exasperados excavaban apresuradamente bajo las antiguas urbes abandonadas al desmesurado astro, que casi por completo había arrebatado al cielo toda frescura de azul y crecía más y más volviéndose él mismo [...] y único en el cielo. Los glaciares alpestrés habían tenido que tornar en vapores, al punto dispersados, sus milenarios candores y la tierra no estaba ya coronada sino de lóbregos riscos desnudos que se exfoliaban.

Asesinado estaba el verde. En una breve hora, los bosques, las selvas, las praderas saltaron rojas en un voluble brinco, con el crepitar inmenso de enebros encendidos, y el fulgor de la llama terrestre casi venció al del sol. ¡Las más lentas en dejarse conquistar por el fuego en esta tempestad universal de llamas—hemos de decirlo en su honor— fueron las fábricas de fósforos! Después, todo se derrumbó y no hubo ya sombra alguna.

Muertos estaban los mares, transformados en abismos.

Los últimos arroyuelos destilados del hielo de los polos goteaban tristemente, sin un

murmullo, engullidos al momento por las arenas de desiertos excavados. Se descoloraba el mundo a fuerza de luz.

Los hombres habían vivido. El tormento, el ardor eran tales que algunos desdichados, de los últimos, no habían encontrado nada mejor para albergar la ilusión de reposo y respiro que encender fuegos en sus cuevas y reunirse a su alrededor. ¡Habían quedado reducidos hasta tal punto que solo el fuego —el fuego de antes— lograba dar lejanas sensaciones de frescor!

Pero los rayos —afiladas, infinitas, implacables lanzas deslumbrantes— habían desencovado a los hombres, desollando las paredes del planeta, también en sus postreros refugios subterráneos. Los dos últimos vivientes se buscaron, cegados, caminando a tientas y enloquecidos, por sed, se bebieron la sangre el uno del otro. Hasta su instante supremo, la humanidad se había mostrado como fue en el primero.

El sol vencía cruelmente triunfal y, cada vez más y más cerca, no le quedaba sino derretir el esqueleto de la presa que había succionado: la carcasa incandescente de la Tierra.

Y esta, ya no más que arena, rocas y cenizas, se quebraba en estallidos, se desmenuzaba, se volatilizaba silbando... Y, por último, no hubo más que una inmensa nube de polvo, un remolino de moléculas que, evaporándose, regresaba al caos, y que ni siquiera el sol se dignaba ya a recoger, sino que lo dejaba esparcirse y perderse a su alrededor en el universo.

Esa había sido la Tierra.

¡Y así se desvanecía para siempre, quemada, la *era que a tantos había hecho feroces!* Y todo: los amores y los odios de los hombres, sus glorias, sus guerras, sus paces, sus bostezos; y los claros de luna, las fiebres españolas, los catorce puntos de Wilson, las fiestas móviles, los juramentos de los enamorados, las agitaciones de los bolchevismos, los cuartos de los usureros, las ansias de los candidatos,



## La tierra que arde

las legislaturas de todos los parlamentos, los códigos, los delirios de los poetas, los dolores de barriga, las voces de los oradores, los estrépitos, los murmullos, los suspiros, las «calendas griegas», los «talones de Aquiles», el requesón, el Káiser, los «sacros bronce», los «viles metales», las «piedras del escándalo», la «carestía», los números de la lotería, el ecuator, el papel timbrado, los órdenes del día y los desórdenes de la noche, las «antorchas del progreso», los «faros de la civilización», las «lumbres de la ciencia», las «delicias de Capua», las «espadas de Damocles», las «victo-

rias de Pirro», las «recompensas inicuas», las «fatigas de Sísifo», las «escuadras móviles», los *pasado mañana* y los *anteayeres*... todo, el poeta lo vio esfumarse, aniquilado en esa nube de ceniza y de humo sin meta en el espacio.

Y cuando el mundo estuvo tan bien quemado, desmenuzado y aniquilado, el Poeta encendió de nuevo su pipa, que durante el sueño se había apagado, se asomó a la ventana y miró si aún llovía y si la primavera todavía se demoraba.

8 de abril de 1919